



Seix Barral

Miroslav Penkov

Mil cigüeñas negras



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Segunda parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Tercera parte

Uno

Dos

Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce

Cuarta parte

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho

Quinta parte

Uno
Dos
Tres
Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Sexta parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Séptima parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Un joven inmigrante búlgaro regresa a su país de origen para localizar a su abuelo, quien inesperadamente rompió todo contacto con la familia tres años atrás. Las pistas le conducirán a un pequeño pueblo en la frontera con Turquía y a un paso de Grecia, encaramado a la mítica montaña de Strandja: un lugar envuelto en misterios paganos, en el que las cigüeñas negras anidan en robles gigantescos. Allí, en las montañas, se ve arrastrado por su abuelo a un laberinto de medias verdades y acaba enamorándose irremediablemente de una chica musulmana que no está a su alcance. Viejos fantasmas cobrarán vida y conflictos que creían olvidados resurgirán de nuevo hasta que al pasado no le quede otra salida que rendirse a sus deshonrosos secretos.

MIL CIGÜEÑAS NE- GRAS

Miroslav Penkov

Traducción de Daniel Gascón



Para Kyoko

Visita Interiora Terrae Rectificando
Invenies Occultum Lapidem

LEMA ALQUÍMICO



Primera parte

Uno

Alguien llamaba a la puerta de la estación y oí gritar a un hombre: «Dejadnos entrar, burros. Tenemos la tormenta encima». Pero no había dormido en treinta horas y quizá soñaba con voces. O quizá no quería levantarme, cómodo como estaba en el suelo en un rincón. Los pocos campesinos que había a mi alrededor empezaron a moverse, intranquilos. El hedor a lana mojada, a sudor y a tabaco se extendió como una bruma desde sus viejos cuerpos y la sala de espera se cubrió de niebla. Sabía que esperaban que yo, el joven, abriera la puerta y pusiera a salvo a quien estuviese fuera. Así que fingí dormir.

Había llegado en autobús desde Sofía a primera hora de la mañana, era un viaje agitado de cuatro horas en dirección este, hacia ninguna parte.

—Espera aquí el autobús de Klisura —me dijo el conductor—. Llega a mediodía. Es azul. Tiene un cartel grande. A KLISURA. ¿Podrás leerlo?

Me habló como se habla con los extranjeros, los borrachos o los idiotas. Yo sonreí, asentí y me pregunté en cuál de las tres categorías me situaba.

Fuera, el puño seguía golpeando. Un viento cada vez más fuerte chocaba contra las ventanas y el cristal crujió a punto de romperse. A través del velo de mis pestañas vi a una anciana que se acercaba a la puerta, cojeando. Un anciano se levantó para ayudarla. Un segundo más tarde, el viento rugía a nuestro alrededor, demasiado abrasador para mediados de abril.

Cuando volvieron a cerrar la puerta oí al hombre que la había estado aporreando, ahora dentro. «*Ashkolsun*, abuela.»

Luego lo vi quitándose arena de los pantalones, de la cazadora negra de cuero. Besó la frente de la anciana y, sin dirigir una mirada a la gente que había alrededor, fue a un extremo de la estación donde se habían amontonado viejos bancos hasta el techo.

—Ven a ayudarme —pidió sin darse la vuelta.

Junto a la puerta había una mujer joven. Una chica, en realidad, con un salwar azul y un vestido de seda; parecía que hubiera brotado de la nada. Se estaba quitando el velo, que era blanco con rosas estampadas, y cuando el hombre llamó, ella corrió a ayudarlo. Arrastraron un banco juntos, cinco o seis metros.

—¿Y mi damajuana? —preguntó él—. ¿Se te ha olvidado?

Una vez más, la chica corrió hasta la salida, con la cara roja como las rosas; los pies descalzos soltaban la arena que había pisado.

Me sentí inmediatamente más ligero. Los ojos de los campesinos, que me habían aplastado durante horas, ahora se centraban en la pareja. No los culpaba. Yo también quería saber qué estaba haciendo la chica, pero tenía miedo de que su marido me pillase mirando. Así que fui hacia la ventana para observar en secreto su reflejo.

Y por la ventana vi la tormenta que se acercaba. Había una carretera en el exterior de la estación, resquebrajada por el calor, la escarcha y el granizo, y un campo amplio y yermo detrás. Dos hileras de aerogeneradores se extendían hacia el horizonte, y conté una docena de pequeños montículos esparcidos por el campo. Tumbas tracias; eso lo sabía. A lo lejos, más allá de los montículos y los aerogeneradores, un muro de arena roja caía del cielo, violento, lodoso y avanzando rápidamente hacia nosotros.

—Simún —dijo una voz a mi lado—. Coge arena del desierto del Sahara. La trae hasta aquí; dos mil kilómetros.